

Una frugal y poco nutritiva comida, compuesta en la mayoría de casos de un caldo de pescado y pan de maíz les aguarda, y al poco rato el alegre son de unas castañuelas ó el melodioso y sentimental rasgueado de una guitarra que acompaña a una fresca y sonora voz que entona un canto popular, lánguido y sentido, lleno de poesía y de expresión, nos indican que la tristeza inherente á la escasez y á las privaciones, no ha encarnado aún en el juvenil corazón de la joven obrera.

Otras dedican parte de las horas del descanso á comunicar sus amorosas cuñas á el galán que las corteja, y múltiples grupos de enamoradas parejas se ostentan en los portales de sus casas, durante las primeras horas de la noche.

Pero no es este solo el cuadro que caracteriza á la proletaria de esta zona. No, aquí existe la muger obrera en el estado de mayor desgracia y desamparo, por más que de ella no se hayan ocupado tanto como de los obreros de otras regiones, reconociendo este olvido ó este abandono y falta de protección, tal vez el mismo exceso de su pobreza y de su miseria.

En la industria de los espartos, vemos á la mujer subir á las más elevadas cumbres de las montañas de nuestra provincia, recorrer grandes extensiones de pedregosos y áridos terrenos, salvando precipicios y sufriendo las inclemencias de un sol abrazador y de los huracanados vientos que tan frecuentes son en este país, recogiendo el esparto que, agrupado en pequeños manojos, ha de formar grandes haces que son luego conducidos á los talleres para su elaboración.

A vuestra consideración dejo las múltiples penalidades y peligros de esta clase de trabajo, añadiendo como última pincelada á este triste y sombrío cuadro, la vergonzosa cifra del jornal que por su penoso trabajo perciben. Y sin embargo de esto, nadie de

ella se ocupa, no hay nadie que demande para esta infeliz, ni un átomo de protección ni de amparo.

Colocad en el platillo de una balanza á el obrero más desdichado, al proletario más infeliz, al más miserable, y arrojad en el otro, la figura macilenta y descarnada de la obrera de esta provincia, descalza, mal cubiertas sus carnes por andrajos que en otro tiempo fueron vestidos, con sus desnudos pies acardenalados por la aspereza del terreno que pisa y sus manos desgarradas y sangrantes á consecuencia de las espinas que los abrojos y las zarzas le clavaran al recoger esos delgados filamentos vegetales que, con sus lágrimas riega y ansiosa rebusca, y no hay que preguntar de que lado se inclinará.

Una diferencia inmensa existe entre esos tan decantados proletarios de otras ricas regiones, y estos tan oscuros y olvidados seres, que no encuentran quien los proteja ni quien los ampare.

Recorramos esas escarpadas montañas que constituyen nuestra zona, y encontraremos centenares de pobres criaturas que sería un sarcasmo decir pertenecen al sexo bello, que con la vista ansiosa y la respiración entrecortada trepan á las mayores alturas de la sierra buscando el esparto, y que llegadas á la cumbre, allí se paran jadeantes, dirigiendo una mirada vaga é incierta al par que triste y melancólica hacia el horizonte de ese azulado mar que nos separa del continente africano, donde el esposo, el hijo, el hermano ó el padre querido han emigrado en busca de la protección y el trabajo que aquí no encuentran, por más que angustiados lo solicitaron.

Un dévil suspiro que se escapa de los labios de la mujer y una lágrima que silenciosa rueda por su curtida mejilla, son suficientes para que vuelva á su penosa tarea pensando siempre en el sér querido que, la miseria y el espectro tético del hambre, les arrebatara.